**Emboscada**

–Quiero hacer pis –anunció mi hermano con una vocecita que restalló como un látigo en la noche. Di un respingo y a mi lado mi padre giró para mirarlo con el ceño fruncido, haciendo que el pequeño hipara y se hundiera en el carro mientras ahogaba un sollozo contra el regazo de mamá.

–Sh, Sh –le susurró ella por lo bajo.

Hacía un frío brutal. Desde el pescante sentía que las ruedas del carruaje resbalaban al girar por el camino congelado que corría hacia Rosario.

–Silencio –nos ordenó mi padre al cruzar el cauce seco del Naranjo. Pero tanto el traquetear del carro como el trote cansado del caballo desafiaban esa orden; el ruido se propagó como un eco por la hondonada y rebotó en los cerros para volver con la envergadura de un ejército en batalla.

En la ribera opuesta, un bosque de matorrales nos permitió respirar, sentir que estábamos a salvo.

Nos detuvimos.

–No creo que lleguen hasta aquí –dijo mi padre; suspiramos, pero en ese instante vimos que se movían los árboles y de sus siluetas retorcidas surgían otras, más siniestras.

–Maldito unitario –murmuró una voz.

Pronto nos vimos rodeados de casacas y ponchos que a la luz de la luna revelaron la divisa rojo sangre de los federales. Temblé, por mi padre al que amaba tanto, por mi bella madre, que dejaba a los hombres sin aliento, por mi hermano pequeño.

–La mujer y los niños no tienen parte en esta lucha –exclamó mi padre, la voz apenas ronca. Dos hombres lo bajaron a empujones. Ya en el suelo, uno de ellos le partió la nariz con la culata del fusil. Otro le torció el brazo y lo arrojó de cara contra el polvo. Un tercero encendió el candil del carro y lo acercó a la cara de mi madre. Luego a mi hermano y, por último, a mí. Lo escuché gruñir.

–Una mujer y un niño –anunció a sus compañeros–, pero al pescante hay un muchacho de unos quince años.

Ante un gesto mío, mi padre, que me miraba impotente desde abajo, llevó un dedo hacia su boca y me calló.

–Tiene sólo doce, déjenlo ir –imploró con voz temblorosa.

Los hombres se rieron.

–¿Sabes? Porque hoy estamos buenos y porque fue fácil encontrarte, te concederemos tu último deseo –dijo uno de ellos.

De un tirón me bajaron del asiento. El chiripá, que me quedaba grande, se me aflojó. Al agarrarlo, tropecé y fui a dar de bruces a la tierra.

Mientras me levantaba, escuché risas de nuevo.

–Vamos, corre ya –me alentó uno de los hombres y sin pensarlo salí volando, a toda velocidad rumbo a los cerros, como un animal.

Corrí en medio de la noche hasta quedar sin aliento y aún seguí; corrí aunque las nubes taparon la luna y no podía ver dónde ponía cada pie. Corrí. No me detuve cuando escuché los disparos. No me detuve cuando mis rizos se fueron desprendiendo del sombrero y cayeron sobre mi espalda y en la noche ya sólo se escuchaba mi sollozo de niña abandonada.

Cra. Irene Mintzer